FRANQUEO CONCERTADO

Correo Interior Josefino

De los Colegios de Vocaciones Eclesiásticas de San José

Año XIII ◎ Marzo y Abril de 1909 ◎ Núm. 147

Dirección y Administración:
Colegio de San José (Tarragona) TORTOSA

SÍNTESIS DEL NÚMERO

Dedicatoria.

Autógrafo de Su Santidad el Papa Pío X.

El Dr. D. Manuel Domingo y Sol, Pbro.

I.—En su vida apostólica.

II.—En sus fundaciones.

III.—En su vida íntima.

IV.—En su muerte.

Tortosa-Valencia-Murcia
Orihuela-Alcoy-Albacete
Almería-Burgos-Astorga
Toledo-México-Zaragoza

Cuernavaca-Cuenca
Badajoz-Baeza-Jaén
Málaga-Ciudad Real
Segovia-Barcelona
Tarragona

VIRIDIANTE ET ABUNDANTIUS FACIANT.

UT VITAM

DISCITE A ME QUIA MITIS SUM ET HUMILIS CORDE

POSUIT IMMACULATAM VIAM MEAM

JHP

ITE AD JOSEPH

CARISSIMI, DILIGAMUS INVICEM.

IN CONSPECTU ANGELORUM PSALLAM TIBI.

UT DETUR ADOLESCENTI SCIENTIA ET INTELLECTUS.

TU HONORIFICENTIA POPULI NOSTRI

A LA MEMORIA

DEL DOCTOR

D. Manuel Domingo y Sol

Presbítero

Fundador y Director General
de la Hermandad de Sacerdotes

OPERARIOS DIOCESANOS

del CORAZÓN DE JESÚS

dedica este humilde
y filial obsequio

EL **CORREO** INTERIOR **JOSEFINO**

F. Xumetra

Pregata la pace dei giusti all'anima benedetta del venerando sacerdote Emmanuele Domingez y Sol chiamato dal Signore a ricevere il premio delle sue virtù e delle sante opere da lui compiute, formo voti, che le preghiere di lui vivano al Signore ottengano ai sacerdoti della Pia Società da lui istituita per l'educazione dei giovani aspiranti al sacerdozio la grazia d'imitarlo nella fervente pietà e nella sola dottrina, e le più elette benedizioni sul Pontificio Collegio Spagnuolo di S. Giuseppe da lui fondato e favorito, onde i detti alunni, compiuta la loro educazione, ritornino alla loro patria apostolici zelanti per spandere il buon odore di Gesù Cristo e concorrere nella cattolica Spagna al glorioso trionfo della fede.

Dal Vaticano li 20 Febbraio 1909.

Pius PP. X

Después de implorar la paz de los justos para la bendita alma del venerando sacerdote Manuel Domingo Sol, llamado por el Señor á recibir el premio correspondiente á sus virtudes y santas obras, hago votos para que sus plegarias, en la presencia del Altísimo, merezcan la gracia de que los sacerdotes de la Pía Hermandad por él instituída para la buena formación de los jóvenes aspirantes al sacerdocio, le imiten en su ferviente piedad y sólida doctrina, y atraigan las más especiales bendiciones para el Pontificio Colegio Español de San José, por él fundado y favorecido, á fin de que sus amados alumnos, una vez terminada su formación, vuelvan á la patria convertidos en apóstoles celosos y difundan el buen olor de Jesucristo trabajando por el glorioso triunfo de la fe en la católica España.

Vaticano, 20 Febrero 1909.

Pío PP. X.

I

APÓSTOL

PRIMEROS ENSAYOS.—B. Vergés, Pbro.

PLATICANDO Á LAS RELIGIOSAS.—Sor Concepción Victoria.

SUS FERVORINES.—R. García, Can. Chantre.

RECUERDOS.—J. Ortega, Pbro.

EN EL PÚLPITO.—J. Matamoros, Canónigo.

ANALOGÍAS (Poesía).—E. Echevarría, Pbro.

SU DORADO SUEÑO.—J. Llussá, S. J.

EN PRO DE LA JUVENTUD.—T. Bellpuig, Pbro.

AMOR DE GRATITUD.—Una Religiosa.

POR LOS PUEBLOS DE LA DIÓCESIS.—J. Muñoz, Párroco.

EN SUS CARTAS.—E. Plá, Pbro.

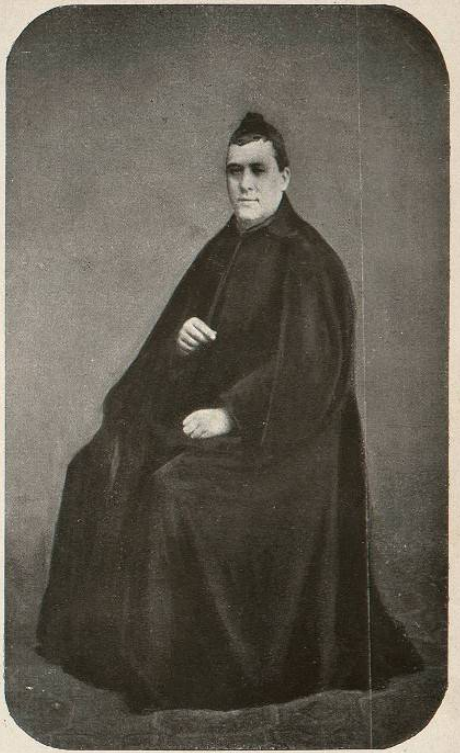
SECRET DE LA SEUA FORÇA.—F. Clascar, Pvre.

GRABADOS

Retrato de D. Manuel Domingo y Sol, recién ordenado de sacerdote.

Casa donde nació D. Manuel y capilla del Santo Angel.

Convento de Santa Clara, en el que fué confesor y vicario más de 25 años.



Retrato de D. Manuel Domingo y Sol
recien ordenado de sacerdote

PRIMEROS ENSAYOS

El Apóstol Santiago dice que se consiguen otras tantas coronas cuantas son las almas que se ganan para el cielo.

¿Cuántas coronas habrá conseguido nuestro amado Dr. D. Manuel Domingo Sol? Se alaban las obras de celo que emprendió siendo sacerdote, pero yo quiero recordar lo que hacía á los quince años de edad, estando de interno en el Colegio de San Matías.

En aquella época ya llamaba la atención por su piedad, y repartía estampas, libritos y oraciones impresas, y se valía de estas industrias para fomentar la devoción á la Madre de Dios. Yo era entonces también colegial y tenía unos cinco años menos que él, y aun recuerdo que me preguntaba con frecuencia si era devoto de la Santísima Virgen. Mira, me decía, que ser devoto de la Santísima Virgen es medio seguro para ir al cielo. Y para que no me olvidara del encargo de amarla mucho, me regalaba con muy hermosas estampitas.

¡Oh, y cómo se grabaron estas palabras en mi memoria! La devoción á María es una señal de predestinación ó medio seguro para ir al cielo. No lo he olvidado nunca, y muchas, muchísimas veces lo he predicado, y, ¡cosa rara!, casi siempre, al hablar de tan sabrosa materia, acudía á mi memoria el recuerdo del Dr. Sol.

Descanse en paz el enamorado amante de la Virgen y proteja desde el cielo á quien tanto y tan desinteresadamente amó en la tierra.

Bernardo Vergés, Pbro.,

Prior de la Casa Misericordia de Barcelona.

PLATICANDO Á LAS RELIGIOSAS

Rdo. Sr. D. Francisco Osuna.

Mi respetable y apreciado señor: Después de haber pagado el justo tributo de mis lágrimas á la memoria del que fué padre amadísimo y director celoso de mi alma, oprimido todavía el corazón con el peso de mi dolor profundo, voy á permitirme una pequeña expansión de afecto, que V. me dispensará con su acostumbrada bondad.

Todos los días estoy leyendo las manifestaciones de cariño y gratitud que los dignos hijos de nuestro santo finado le dedican, como expresión del muy alto concepto que siempre les ha merecido esa grande alma. Algo me

consuela ver así enaltecido á mi buen Padre, pero creo se le debe aun mucho más: es preciso fijarse en su interior. Yo he tenido muchas veces la dicha de penetrar en él escuchando sus palabras íntimas, nacidas espontáneamente de su ardoroso corazón, y... ¿por qué no decirlo?... ellas pegaban fuego á mi alma, y la remontaban á las regiones de lo infinito, en alas de sublimes y santos deseos. También más de una vez oí sus fervientes pláticas llenas de unción divina, dirigidas á mis hermanas en religión. Jamás olvidaré aquellas felices horas, cuando en el silencio del templo santo, junto á la solitaria reja de mi convento, nos hablaba de Dios, de la belleza de la virtud y, sobre todo, del objeto de su amor ardiente, Cristo Jesús y su divino Corazón. ¡Oh! no puede mi pobre palabra expresar lo que en aquellos momentos se traslucía del interior de nuestro amado Padre. Más que un hombre mortal parecía un sér venido del cielo para conducirnos á Dios y transformarnos en Él por la fé y por el amor. Jesús y su divino Corazón: éste era el objeto preferente de sus pláticas. Su pecho apostólico se abrasaba en deseos de hacernos conocer y amar á Jesús. Tan endiosado le contemplábamos en estas ocasiones, que muy bien nos parecía podían apropiársele las palabras del Apóstol: «Lo que veis en mí, eso haced». Sus pláticas no eran otra cosa que el fruto de sus meditaciones y la manifestación de lo que pasaba por su alma, y tal vez por eso su palabra era tan eficaz como elocuente.

La consideración de la vida oculta de Jesús en su humilde taller de Nazaret formaba todo su encanto, y aplicándolo á la religiosa que oculta en su retiro puede alcanzar con sus ruegos que desciendan á la tierra las bendiciones de lo alto, así, decía él, á la oración de Jesús desconocido y olvidado de todos en Nazaret se deberá tal vez nuestra salvación y la de otras muchas almas. En fin, me haria interminable si hubiese de trasmitir al papel cuanto he admirado en nuestro inolvidable D. Manuel, y siento no tener conceptos más adecuados para expresarme. Ustedes, los Operarios, herederos de su espíritu y de sus virtudes, adivinarán lo que yo no sé expresar, pero sí sentir en el fondo de mi alma.

Dispénseme V. y no olvide en sus santas oraciones á esta su atenta servidora, afma. en Cristo, Q. B. S. M.,

Sor M.ª C. Victoria del S. C.

Benicarló 2 de Febrero de 1909.

SUS FERVORINES

El altar era para él místico Tabor de felices transfiguraciones. Su frente candorosa aparecía allí iluminada; se reanimaban sus facciones; brillaba en sus ojos, habitualmente beatíficos, una mirada extática, y su voz, siempre dulce y suave, adquiría ritmos de santo y cadencias de cielo cuando, después de haber recibido en su pecho á su amado Jesús, se volvía hacia los fieles para comunicarles sus afectos en sus clásicos *fervorines*. Fórmulas luminosas de la mística más sublime; prolongados suspiros de un corazón delicadamente apasionado; himnos gozosos de regalada ternura; notas armónicas desprendidas del arpa de un trovador eucarístico; vibraciones de luz placidísima emanada de la sacramental Hostia; auras refrigerantes salidas del fondo del tabernáculo para orear las almas... eso parecían y eso eran siempre, en realidad, sus famosos fervorines.

***

El primero que le oí fué en la festividad de *Corpus*, en la capilla del Colegio de San José de Tortosa. Era yo á la sazón diminuto colegialillo, y aunque un rapazuelo de once años no tiene, que digamos, gran peso y autoridad como crítico, pero tampoco es recusable como testigo de emociones íntimas del alma. Aun conservo grabada en mi retina su silueta querida y venerada y, sobre todo, guardo incrustado en el corazón el recuerdo de aquellos felices momentos de mi primer día de *Corpus* pasado en el Colegio. Enmudecieron los cánticos que durante la Misa de comunidad inundaron la capilla de armonías, y al volverse á nosotros D. Manuel, después de haber sumido el *Sanguis*, otras armonías más suaves vinieron á conmover nuestros juveniles corazones. Diríase que de sus labios salían oleadas apacibles de riquísima miel que hacían llegar al alma dulzuras embriagadoras. Con voz conmovida, insinuante, originalísima, suya, muy suya y peculiar, prorrumpió en estas palabras: *Lauda, Sion, Salvatorem, lauda ducem et pastorem in hymnis et canticis*... Paráfrasis más sentida de las primeras estrofas de la *Sequentia* del Corpus, comentario más tierno al himno del poeta Angélico, llamamiento más dulce al amor, excitación más viva á la gratitud, requerimiento más vibrante á los afectos todos del alma, no lo he oído jamás. Lo que dijo... no lo recuerdo, ¡era yo entonces tan jovencito! Lo que sí recuerdo muy bién es que lloré de ternura y devoción y conmigo lloraban casi todos los colegiales; lo que recuerdo es que pocas veces he comulgado con tanto fervor como aquel día, y desde aquella fecha, que contemplo ya lejana, la *Sequentia* de *Corpus* lleva para mí inseparablemente vinculada la idea de D. Manuel, nunca la he recitado ú oído sin que se esfumara en mi fantasía su imagen ó viniera á mi memoria el recuerdo de aquel primer fervorín.

***

Con el correr de los tiempos, el colegialito de once años se ha convertido en granado seminarista, alumno de la clase de oratoria. Solíamos ejercitarnos en cátedra en ensayos prácticos de los diversos géneros de oratoria, y tocó su turno á la plática y al fervorín. El condiscípulo designado para actuar fué el avispado sacristán de un convento de monjas, del que D. Manuel era confesor. Al confiarle el trabajo, nuestro catedrático, hombre competentísimo y de gusto refinado en materias de elocuencia sagrada, le dijo, no sin cierta aparatosa solemnidad: de propósito he designado á V. entre todos para este ejercicio, porque tiene un maestro consumado en casa. Usted habrá oído con frecuencia los fervorines de don Manuel Sol á las monjas: vea de imitarle, y si lo consigue, no podrá menos que hacerlo muy bien: D. Manuel es el mejor modelo que he oido jamás. Y volviéndose luego á los alumnos, nos hizo un cumplidísimo elogio, puso de relieve sus condiciones excepcionales para este género de oratoria y terminó diciéndonos: no pierdan ocasión de oirle sus fervorines: aprenderán mucho de él y se lo propongo como perfectísimo modelo. El concepto unánime que los alumnos teníamos de los fervorines de don Manuel quedó solemnemente sancionado por el respetabilísimo dictámen de nuestro profesor, que en plena cátedra le proclamaba maestro consumado en fervorines.

* * *

¿Qué tal les ha sabido á ustedes el fervorín de D. Manuel en la Misa de Comunión? preguntaba yo no hace muchos años á unas buenas religiosas reunidas en el locutorio en la mañana del día de la Ascensión del Señor. Un suspiro colectivo de aquella fervorosa Comunidad y alguna que otra lagrimilla, que por las trazas no era la primera que se escapaba de los ojos aquella mañana, fueron por de pronto la única respuesta que obtuve. Pero habiendo insistido en la demanda, logré contestaciones más precisas y concretas.

—A mí, dijo una monjita taciturna hasta el mutismo en horas de silencio, pero parlera hasta la locuacidad en tiempo de asueto, á mí me ha parecido oir al buen Jesús platicando sabrosamente con la Samaritana recostado sobre el brocal del pozo de Jacob.

—Yo, repuso otra, creía oir al divino Maestro cuando, apareciéndose resucitado á María Magdalena, prorrumpió en aquella extática exclamación: ¡María!

—Pues á mí, añadió una tercera, que en el siglo fué una señorita romántica y en la religión era un alma de subidos quilates, á mí se me antoja que las palabras de D. Manuel eran los rumores de las alas de los ángeles que velan los místicos sueños del Prisionero del tabernáculo, batidas y agitadas sobre nuestras cabezas para despertarnos de nuestras soñolencias espirituales.

—¿Y á V., Sr. Magistral, que tan atento le escuchaba arrodillado en en el presbiterio, qué le ha parecido? me preguntó la Superiora.

—Sencillamente, respondí yo, que á D. Manuel le sucede lo que al cisne...

—¿Y qué le sucede al cisne? preguntaron á la vez varias voces atiladas.

—Al cisne le pasa que canta más dulce y suave á medida que se avecina la muerte. Hacía tiempo que no había oído á D. Manuel ningún fervorín: ¡anda el pobre tan quebrantado de salud!; pero al oirle esta mañana, me ha gustado más que nunca: me ha parecido un nuevo profeta de los salmos, cantando á la puerta del Sagrario los himnos que el David auténtico cantaba mirando al cielo.

Con esas, en la puerta del locutorio apareció la venerable figura de D. Manuel, ligeramente encorvado, que hasta entonces había estado dando gracias en la iglesia, y al notificarle yo el fallo que aquella asamblea de *críticos* emitía sobre su fervorín, dejó caer dulcemente los párpados, se dibujó en su frente un entrecejo, signo tal vez de profunda humildad, quizá indicio de la satisfacción que sentía al ver que su palabra producía incendios de amor en almas tan buenas, inicióse en sus labios una sonrisa de niño candoroso, y levantando pausadamente su mano derecha, vuelta la palma hacia bajo, soltó su cantinela favorita: ¡Jesús, Jesús, Jesús!

* * *

Lo que Ráulica para la homilía; Bossuet y Flechier para la oración fúnebre; Bourdaloue para el panegírico; Calatayud, Fr. Diego de Cadiz y Santander para el sermón moral; lo que Jaucault para la plática ascética; Newman y Van-Tricht para la conferencia; San Francisco de Sales y Faber para la carta espiritual, eso fué, hechas las debidas salvedades, nuestro D. Manuel para el fervorín; notabilidad especialísima de aptitudes singulares con personalidad propia y muy bien definida; genio original que, sin formular leyes, escribir reglas, ni precisar cánones, llegó á fundar escuela.

Rafael García,

Dignidad de Chantre de la S. I. C. de Lérida.

Colegio de San José de Tortosa 3 de Febrero de 1909.

RECUERDOS

Acontecimientos para mí muy gratos y de feliz memoria, fueron la primera y última vez que por dicha mía escuché la voz del padre tiernísimo que amaba entrañablemente á sus hijos, como llamaba D. Manuel á sus queridísimos colegiales.

Jamás olvidaré los santos deseos y generosos propósitos que en un día solemne y en momentos más solemnes aún formé en aquella capillita de

San Carlos, de Burgos, al escuchar reverente en presencia de Jesús Sacramentado que todos íbamos á recibir, al eucarístico y fervoroso apóstol del clero, D. Manuel Domingo Sol, que con acentos elocuentísimos y de una ternura indecible ponía de manifiesto el celo santo que abrasaba el corazón de Cristo cuando allá, junto al pozo de Jacob, pidió de beber á la Samaritana: *Da mihi bibere.*

Siempre recordaré agradecido aquellas palabras de generoso aliento, las últimas que oí de sus labios en el Colegio de Roma, y aquel librito *Sacerdos Eucharisticus* que pocos meses después se dignó regalarme con motivo de mi ordenación sacerdotal y que fué para mí como el lema sagrado y la enseña divina con que me enviaba á trabajar en la viña del Señor. ¡Benditos recuerdos!

Desde el cielo bendecirá con mayor eficacia á sus amados Operarios y á cuantos nos honramos con haber pertenecido á su gran familia josefina.

José Ortega, Pbro.,

Profesor del Seminario de Burgos.

EN EL PÚLPITO

Qué sabe usted de Mossen Sol orador?, se me pregunta. ¿Le ha oído usted algún sermón? ¿Recuerda usted de algún momento solemne y culminante de su oratoria?

—Sí, señor, recuerdo perfectamente á Mossen Sol orador, recuerdo al orador que ha dejado huella más honda y permanente en mi espíritu, y recuerdo el momento culminante de su oratoria; fué un sermón que le oí cuando chico y que recuerdo con todos sus pelos y señales, con todas las circunstancias de lugar, de tiempo y de motivo.

Era el día de la Ascensión, durante la *Hora santa* que los colegiales de San José celebrábamos de once á doce de la mañana.

Fué el tema del discurso una glosa de la conocida y sentidísima oda con que Fray Luis de León ha cantado, en inspiradas estrofas, la subida del Señor á los cielos.

Todavía resuena en mis oídos el acento sugestivo é insinuante del orador; no se han despintado de mi retina su figura augusta, sus maneras atrayentes, sus señoriles ademanes.

Con atención devota fuí siguiendo todo el hilo del discurso.

El orador se había puesto de pie, apenas extinguidos los últimos ecos de una letrilla con que la Capilla del Colegio amenizaba el final de la meditación del misterio del día. Hizo profunda reverencia al Santí-

simo, expuesto en el altar, resplandeciente de luces; irguióse, volvió los ojos al cielo, entornólos luego, y empezó á decir suavemente, dulcemente, los primeros armoniosísimos versos de la clásica oda:

¿Y dejas, Pastor santo,
Tu grey en este valle hondo, obscuro,
Con soledad y llanto,
Y Tú rompiendo el puro
Aire, te vas al inmortal seguro?
. . . . . .

Fué un recitado admirable, en que no sé decir si resultaba más encantadora la frase castiza, elegante y armónica del poeta, ó la dicción correcta, melódica y acompasada del orador.

¡Qué bién decía los versos Mossen Sol! ¡Con cuán supremo arte y exquisito sentimiento bordaba y realzaba su natural cadencia!

La palabra de Mossen Sol parecía el fundente de dos sentimientos acordes, sincrónicos, del sentimiento que inspiró la oda escrita y del sentimiento que daba vida y ambiente á la oda hablada.

Así escribían los clásicos y así debieron hablar los místicos.

Mossen Sol debía sentir en aquellos momentos una fruición dulcísima, un deleite interior y una complacencia de espíritu irresistibles.

Esta fruición, este deleite y esta complacencia traicionaban su humildad, saltándole al rostro, que adquiría transfiguraciones beatíficas, y brotando de sus labios en forma de acentos, inflexiones y aspiraciones en que iban diluídas su alma y todas las ansias de su gran corazón.

Como la decía Mossen Sol, así debió decir su oda, después de escrita, Fray Luis de León.

Aquellas sublimes estancias ya no semejaban el eco de sentimientos agenos, no semejaban la cadencia de una emoción extraña, porque no era aquello la apropiación de un carácter ni una asimilación conseguida á fuerza de arte; era algo propio, personal, vívido, era una transfusión perfecta del sentimiento de un místico, que venía á revelarse en otro místico; era el toque de la vara prodigiosa del poeta clásico que hacía surgir la figura de un gran orador.

Mossen Sol era, realmente, un gran orador.

No era un retórico verbalista, ni un efectista metafórico y tropical, ni un palabrero fofo.

Su oratoria, más que aderezo estudiado y ropaje artificial de frases rebuscadas y de mímicas violentas, era manantial de exquisiteces y dulzuras, lluvia deleitosa de amorosas saetillas y ramillete de fervorines que encendían los corazones y saturaban las almas de espirituales y místicas ambrosías.

Oyéndole y viéndole, me parecía ver y oir al verdadero *vir bonus dicendi peritus.*

Había que oirle hablando de la Ascensión de Cristo, había que verle acompañando al Pastor santo desde la cumbre del Olivete al Cielo.

Jesús, dejando la amada grey *en este valle hondo, oscuro, con soledad y llanto;* Jesús, *rompiendo el puro aire* y subiendo *al inmortal seguro;* Jesús, ocultándose tras la envidiosa nube que robaba y se llevaba el tesoro

"Que solo á nuestra vida enriquecía"
. . . . . .
"Los antes bienadados,
Y los agora tristes y afligidos,
A tus pechos criados,
De tí desposeídos
¿A dó convertirán ya sus sentidos?"

¡Cuán hermosamente decía todo esto Mossen Sol!

Y ¡cómo caían sus palabras como carbones encendidos sobre nuestras almas juveniles y se abrasaban éstas al contacto!

Al fervor de la palabra, tocada del amor divino, que descendía del púlpito, respondía la conmoción de nuestros pechos enardecidos, y nuestros afectos, despertados á la mágica voz del orador, eran como resonancias de una palabra dicha por un santo.

La magia de esta palabra trasformaba en aquellos momentos la capilla del Colegio en un nuevo monte Olivete; los colegiales éramos la grey esparcida por el valle hondo y obscuro, presa de soledad y llanto, y la Hostia inmaculada, prisionera en el áureo viril, parecía volar hacia arriba, envuelta en los aromáticos, tenues y azulados cendales del litúrgico incensario.

En esto consiste el mérito de los grandes oradores: en conmover al hombre, en hacerle sentir hondo, en apasionar rectamente su ánimo y en impulsarle luego por la senda del bien y la práctica de la virtud.

Mossen Sol supo hacer más con sus colegiales: supo consagrarlos apóstoles, llevarlos con Cristo al monte Olivete, acompañarlos al Cenáculo más tarde, para que recibieran allí los dones del Espíritu Santo y enviarlos con la misión de predicar el Evangelio por toda la redondez del universo mundo.

Esto sé yo de Mossen Sol orador.

J. Malamoco, Pbro.,
Canónigo de Tortosa.

ANALOGÍAS

Sol se llamó en la tierra,
Y, como el astro hermoso
Que reina esplendoroso
Del cielo en el zafir,
Pasó por este valle
De llanto y de amargura
Vertiendo la luz pura
Que hoy Dios quiso extinguir.

Sol se llamó, y su nombre
Presagio fué de ardores,
De influjos bienhechores
Augurio el más cabal,
Pues como el sol de vida
Y de calor es fuente,
De caridad ardiente
Su pecho fué raudal.

Sol se llamó, y cual foco
De vivas atracciones,
¡A cuántos corazones
No supo encadenar!
Sí, que el secreto de esa
Dinámica divina
Que vence y que fascina,
Fué á ese astro familiar.

Así tan bello nombre
Se ajusta y acomoda
De su existencia toda,
Feliz, á la expresión;
Que amó como un apóstol,
Cual un doctor lucía,
De mártir fe tenía,
De santo el corazón.

¡Sus luces! ¿Quién las sigue,
Ligeras, vibrando,
Y, varias, matizando
La esencia de verdad?
Miradlas ¡cómo inundan
En ricas explosiones
Ilímites regiones
De vasta inmensidad!

Pues, rápidas, inquietas,
En su incansable vuelo
Buscaron otro cielo,
Dó fulgurar también;
É Italia les dió ambiente
Y Méjico horizontes,
Que entre encumbrados montes
Dibujan un Edén.

Y no menos la llama
De su amoroso pecho
Juzgó recinto estrecho
Del mundo la extensión.
¡Ah! ¡si lo viérais, férvido,
Querube del Santuario,
Velando ante el Sagrario
En santa adoración!.....

Allí, en la rica fuente
De amores eternales
Y luces divinales,
Feliz, supo beber,
Para, repleta el alma
De tan valiosos dones,
Doquiera corazones
Después enriquecer.

Y ved cual, de las almas
La vida promoviendo
Y siempre difundiendo
El celo y la piedad,
Enciende en el Gimnasio,
En la Merced repara,
Aviva en Santa Clara
Y abrasa en su Hermandad.

¿Qué mucho que las almas
Así se le rindieran
Y prontas acudieran
Su voz sagrada á oir?
¿Qué mucho, que, rendidos,
Mil ínclitos varones
Su gloria y sus acciones
Quisieran compartir?

Mas, ¡ay!, que ese astro hermoso
No brilla ya en el suelo,
Pues su órbita hasta el cielo
Audaz, desarrolló.
¡Qué pena!, ya no brotan
En ricos surtidores
La vida y los amores,
Que siempre difundió.

¿Por qué, Señor, lo llevas?
¿Por qué nos lo quitaste
Y en luto nos dejaste
Y en triste soledad?
¡Ay! ¡cuál se ahoga el alma
En el mortal vacío
Que deja inmenso y frío
Un ángel que se vá!

Perdóname, benigno,
¡Oh Dios de las alturas!,
Si aquestas desventuras
Llorando, te ofendí,
Que, al lamentarse el pecho,
Es que tu amor lo guía
Y que, ardoroso, ansía
La gloria para Tí.

Pues cuando en este suelo
Se extingue una lumbrera
Que de tu gloria era
Inmenso luminar;
Cuando se parte el docto,
El bueno, el justo, el santo,
¿Tu nombre sacrosanto,
Como él, quién puede honrar?

Así (¡duro contraste
De esa mezquina tierra!),
Los ojos cuando cierra
Un siervo del Señor,
Cuando se viste el cielo
Por ello de alegría,
Junto á la tumba fría
Sólo hay llanto y dolor.

Emilio Echevarría, Pb. c.,
Profesor del Seminario de Cuenca.

Su dorado sueño

EL sueño dorado de Mossen Sol! Pero ¡si fueron tantos los sueños dorados de ese varón grande y magnánimo!, ¡si ha visto realizados tantos hermosos proyectos que á muchos parecían sueños! Sí, es verdad; con todo, entre tantos y tan bellos sueños, había uno que llamaba él *su sueño dorado*. Se lo oí de sus mismos labios y lo recordaré toda mi vida, porque me impresionó hondamente y me llegó hasta el fondo del corazón.

Una de las varias veces que acudí á su exquisita prudencia y ardoroso celo en busca de consejo y aliento, hablamos largo sobre la urgente necesidad de trabajar seriamente por la salvación de la juventud de Tortosa. A la edad de doce ó trece años, á más tardar, abandonan la escuela y los catecismos, y esos pobres niños, sin formación ni educación sólida, se lanzan á la calle ó al café, se juntan con jóvenes incultos, blasfemos y no pocas veces viciosos ya y corrompidos, y en pocos días se pervierte su en-

tendimiento y se corrompe su tierno corazón; y de un corazón corrompido y de un entendimiento extraviado ¿qué se puede esperar, ó mejor, qué no se debe temer? En otras ciudades hay Centros, Patronatos, «Esbarjos» bien montados, en donde se reunen los jóvenes en las tardes de los días festivos, se les protege y encamina, se les educa cristiana y civilmente, y

CASA DONDE NACIÓ D. MANUEL
Y CAPILLA DEL STO. ANGEL, DEL QUE FUÉ ENTUSIASTA DEVOTO
(La casa es la señalada con la + y que lleva el núm. 18)

se recrean y solazan mejor que en los teatros, cafés y cinematógrafos. Pero en Tortosa... ¡pobres chicos! se pierden porque no hay quien les ayude á salvarse...

El rostro del venerable anciano se iba animando y encendiendo más y más, hasta que al llegar aquí, recordando lo mucho que por los niños y

jóvenes había hecho en las Doctrinas y sobre todo con la obra del Gimnasio, se le asomaron á los ojos las lágrimas ¡preciosas lágrimas! y exclamó: «¡Ah, Padre, la formación de la juventud, esa es la grande obra: el salvar á la juventud de Tortosa ha sido por muchos años *mi sueño dorado!* Creo que para realizarlo he puesto más trabajos y desvelos que para la misma *Hermandad* y... Dios no ha querido, hasta el presente, que lo viese realizado. Sólo Él sabe con qué pesar me desprendí del local y edificio que á ello había destinado; una cosa me templaba algún tanto el dolor, y era el pensar que en él los buenos Hermanos educarían sólidamente á los jóvenes y que había allí terreno para que algún día pudiese llevarse á cabo tan necesaria obra.» —Pero, D. Manuel, le dije conmovido, ¿y V. cree que en Tortosa puede plantearse esa grande obra? porque afirman algunos que no es posible. —¡No ha de ser posible!, replicó con viveza; buscad y formad en la Congregación de la Doctrina Cristiana y en la Congregación Mariana personal resuelto y abnegado, y adelante. Y al saber que los celosos Hermanos de las Escuelas Cristianas cedían un solar para comenzar la obra, se alegró sobremanera y se ofreció él mismo á ir á verlo y examinarlo tan pronto como el estado de su salud le permitiese salir de casa; y en realidad fuimos algunos días después y echamos planes y proyectos sobre la manera de instituir sólidamente y asegurar una obra de la cual depende, á no dudarlo, la salvación de la juventud tortosina y la regeneración de nuestra ciudad. ¡Cómo se consolaba el buen corazón del santo anciano con la esperanza de que tal vez se realizaría aún su *sueño dorado!*

¿Se realizará? El corazón me dice que sí. Las obras grandes, las obras de los hombres extraordinarios, á semejanza de la grande obra del mismo Jesucristo, no suelen desarrollarse plenamente durante la vida de sus iniciadores y fundadores. Ellos reciben la inspiración, conciben el plan, echan la semilla, empiezan á cultivarla y desaparecen de nuestra vista... Mas no, no mueren; su espíritu sobrevive en sus hijos y sucesores, su alma grande vive para siempre en el cielo, y desde allí, con su poderoso valimiento para con Dios, prosiguen y perfeccionan las obras que acá abajo comenzaron. Que á los que en vida cifraron su dicha en trabajar sin descanso por la gloria de Dios y por el bien de los prójimos, les concede el Señor el dulce premio de seguir trabajando desde el lugar del eterno descanso y el dulcísimo placer de ver realizadas muchas de aquellas obras que durante los fugaces años de esta vida deleznable apenas pasaron de *dorados sueños.*

José Ilussá, S. J.

EN PRO DE LA JUVENTUD

En el Album de Ilustres de nuestra Congregación, entre los autógrafos de esclarecidos Príncipes de la Iglesia, hay una rica página, la segunda, que dice así: «Que la Virgen Inmaculada de la Santa Cinta y San Luis de Gonzaga bendigan á los jóvenes piadosos de Tortosa y les hagan instrumentos aptos para reparar los intereses de la gloria de Jesús en la misma, ha sido y es mi constante anhelo.—M. D. S.» Estas iniciales corresponden al nombre y apellidos del esclarecido, del infatigable sacerdote por cuya muerte hoy lloramos, y fué, en efecto, su mano, aquella mano veneranda que se había levantado tantas veces para atraer bendiciones del cielo sobre empresas y personas; fué aquella mano misma, tan conocida de los indigentes, la que trazó, á repetidas instancias nuestras, aquellos rasgos desiguales que la Congregación Mariana de Tortosa conserva como un tesoro y que álguien ha besado ya como una reliquia.

Mañana, cuando, al escribirse la historia contemporánea del movimiento religioso tortosino, se vea agigantarse la venerable figura de Mossen Sol, llenando casi toda la segunda mitad del siglo XIX como fundador ó impulsor y alma siempre de todas las asociaciones y de cada uno de los actos en que la juventud de Tortosa podía aparecer como «instrumento apto para reparar los intereses de la gloria de Jesús», entonces se verá que, como dictado por el corazón, es tan exacto, tan preciso en todas y cada una de sus palabras el precioso autógrafo de nuestro Album de Ilustres, que ni el adjetivo *constante* podría suprimirse sin faltar á la justicia, aun cuando él no admitiera otra significación que la más estricta gramatical, ni el *anhelo* podría sustituirse por otra palabra que significase menos que el ansia ferviente, la sed insaciable de un corazón de apóstol.

En 1863 es el Instituto de segunda enseñanza el campo de sus apostólicas operaciones en pro de la juventud; más tarde son los niños de los catecismos los que enternecen su corazón paternal y le obligan á recorrer las iglesias y santuarios de la ciudad y de la vega, en compañía de otro apóstol, el Rdo. D. Enrique de Ossó, para sembrar la santa semilla en las inocentes almas de los predilectos de Jesús; es luego la Congregación de San Luis, árbol frondoso que dió preciadas flores y riquísimos frutos, sobre todo en 1891, cuando en compañía de otros hermanos de distintas ciudades de España se postraron reverentes aquellos entusiastas jóvenes para besar el sepulcro del angélico Patrono; es la Congregación, con su revista «El Congregante» y con su Gimnasio, lo que le desvela en las noches y le ocupa largas horas del día; fueron las Escuelas Nocturnas; fueron sus Colegios, semilleros de santos sacerdotes; fué, en fin, la Juventud Católica, aquella pléyade bizarra de tortosinos, hoy ya debilitados por la edad en sus entusiasmos, pero propagadores del fuego sacro que cunde en la generación que sube, y que alimenta cada una de las Secciones de piedad, cari-

dad y acción en nuestra Congregación Mariana y en todas y cada una de las asociaciones católicas de esta su ciudad tan amada y de muchos pueblos de la diócesis.

Los santos, los sagrados efectos de su laborioso apostolado de cincuenta años, perdurarán y se multiplicarán durante centurias quizá, porque trabajar en los corazones de la juventud con la intensidad y constancia del llorado apóstol, es abrir surcos en un campo fértil y depositar la semilla que fructificará produciendo en proporción de ciento por uno otras semillas que acaso los vientos y las aves, como instrumentos de la Providencia, lleven á muy apartadas regiones.

Por esto nosotros, cuando, al rendir el tributo de nuestras lágrimas sobre el cadáver del esclarecido sacerdote, repasábamos mentalmente los días llenos de su vida en las múltiples obras de su celo, al fijarnos en las que se refieren al apostolado entre los jóvenes, le vimos no como una exhalación que se disipa en la nada después de haber iluminado fugazmente el cielo de la patria, sino como un sol que traspuso las cumbres para brillar más esplendoroso en otros espacios más puros, mientras verdean espléndidos los campos que alegró con su luz y palpita la vida en mil diversos gérmenes en la tierra fecundizada por el calor de sus rayos.

T. Bellpuig, Pbro.,

Director de la Congregación Mariana de Tortosa.

Amor de gratitud

Sobre el Correo Interior Josefino, hoy que está de luto por la muerte del que fué su Fundador y continuo inspirador, vengo á verter una lágrima, elevar una oración y pronunciar un *fiat*, como recuerdo santamente amoroso del que fué para tantas almas su guía, su maestro y su padre.

Recordaremos siempre con veneración profunda aquel perfume divino de pureza que respiraba Mossen Sol y por el cual supo conducir á Dios á tantas almas jóvenes. Díganlo sino esa pléyade de religiosas que, merced á su santo celo, pueblan los claustros. Todas á coro le rendimos el homenaje de la más profunda gratitud, y modelando el retrato del que fué siempre nuestro Padre muy amado, resulta en su conjunto que *Dios lo hizo conforme á la Imagen de su Bondad;* ese fué su corazón, esa fué su alma.

R. I. P.

Una Religiosa.

POR LOS PUEBLOS DE LA DIÓCESIS

Permitidme que lo publique. Tuve la dicha de hacer mi carrera en el Colegio de San José y de pasar bastantes días á la sombra del hombre extraordinario que lloramos muerto. La cuna de la Obra de las Vocaciones fué el teatro de mis travesuras de muchacho, de mis ensueños de adolescente, de mis anhelos de aspirante al sacerdocio. ¡Qué días más felices y cuán dulces recuerdos guardo de mi vida de josefino!

Fuera de aquellos muros tutelares, apenas terminados mis estudios; metido sin experiencia del mundo en los afanes de la vida parroquial, he sentido nostalgia del Colegio y de aquella vida arreglada é inocente, cuantas veces la amarga realidad ha detenido los impulsos de mi celo y desbaratado mis modestas empresas. En esas mis horas de tristeza, evocaba el recuerdo de aquellos tiempos y hacía pasar ante mis ojos, enlazando hechos con hechos y personas con personas, á muchos humildes y celosos Operarios, que se hacían niños con nosotros para llevarnos á Cristo; y sobre todos y con todos ellos, como sol que todo lo iluminaba y centro que movía á Operarios y estudiantes, la figura simpática, angelical, del venerable Fundador. Y al llegar aquí, al pararme en su contemplación, me sentía siempre otro y mis penas se desvanecían como el humo. Yo no sé qué tenía aquel hermoso rostro, que jamás se olvidaba, una vez visto; no atino en el influjo que ejercían aquellos dulces ojos, que conquistaban con una sola mirada á los más díscolos; pero sí recuerdo que en su presencia el temor no ahogaba los más nobles sentimientos, que estábamos á gusto en su compañía; en una palabra, que sin pretenderlo sabía hacerse amar.

Yo no tenía entonces aptitudes para comprender la importancia real de este hombre extraordinario; después, aunque no estuve en circunstancias favorables ni las tareas me permitían entregarme á muy hondas reflexiones, me dibujé á grandes rasgos su figura gigantesca y he llegado á vislumbrar cuán brillantemente llevó á cabo la misión altísima que el Señor le confiara.

Y hoy que la noticia de su muerte, conmoviendo á toda la Diócesis, ha despertado amores dormidos y excitado los sentimientos que producen los beneficios en corazones nobles; hoy que tantos han desahogado su cariño publicando datos que forman una corona de gloria, justamente debida á nuestro común padre, me siento oprimido por la gratitud y necesito decir algo en su obsequio y mi descargo. Algo que sé muy bien y que no desdiga de mis relaciones con ese hombre de Dios, y que no salga de la esfera de mi pobre ingenio.

Publiquen otros los proyectos que tenía de gloria de Dios; ponderen su genio privilegiado y su constancia nunca rendida; descubra quien pueda (para ejemplo de todos) los tesoros de su piedad, mientras yo daré

á conocer una fase de su carácter ignorada ó echada en olvido aún por los mismos que fueron sus instrumentos. Quiero hablar, siento como una necesidad del corazón de ocuparme de Mossen Sol... como organizador de veladas cómico-literarias.

Tenía falta de recursos para terminar las obras del Colegio de Tortosa y el fomento de vocaciones, que parecían dormidas después de las revoluciones y la guerra. Y el hombre fecundo en iniciativas, envía á sus escasos compañeros á predicar á pobres parroquias, dejando para sí las más difíciles y más trabajosas y que podían dar mayores frutos. Conocedor de su tiempo y de los hombres, y necesitando que el efecto de su campaña fuese rápido, se prepara formándose un cuerpo de músicos y cómicos, en quienes la buena conducta y celo corriesen parejas con las disposiciones y el amor al arte. Chicos éramos y capaces de cualquier desaguisado; artistas... embrionarios con peligro de no llegar jamás al sér; pero en sus manos y para su intento, instrumentos habilísimos. Este por feo, el otro por místico, aquel por alegre y travieso, el de más allá por tristón y ensimismado, se adaptaban perfectamente á sus planes, y todos, no teníamos otros deseos que agradarle ni otro temor que desagradar al público á quien Mossen Sol trataba de hacerse suyo por medio de sus colegiales.

No trataba nuestro llorado Padre de dar á conocer piezas del repertorio clásico. ¡Buenos éramos nosotros para codearnos con los clásicos! Ni tampoco quería hacer aplaudir el arte de aquellos improvisados cómicos, sino solo divertir á un público creyente y piadoso, inspirándole admiración por aquellos frutos patentes de la sólida piedad é instrucción que se daba á los josefinos, y de excitar deseos en los hijos del pueblo de ser como los que peroraban: aspirantes á predicadores de verdad.

De los recursos para la Obra hablaba sóbriamente en las pláticas que daba desde el púlpito con unción verdaderamente evangélica. Y conseguía su intento á maravilla: llovían antes de Septiembre las peticiones de ingreso en el Colegio, y la memorable rifa, que fué como el punto final de tan originales misiones, no defraudó las esperanzas del apóstol.

Mas para llegar á tales resultados, ¡cuánta paciencia y abnegación se necesita! Todos sabemos que nuestro Superior era de familia distinguida, de posición desahogada y hombre que desde joven gozó de prestigios singulares, y, no obstante, vedle ocupar sus recreos en el invierno adiestrando su compañía, haciéndose ayudar por los que tenían de ello alguna idea, y sobre todo, vedle como en verano se presenta en los pueblos importantes, con tan heterogéneos elementos, confiando que Dios coronará con el éxito más lisonjero tantos esfuerzos y trabajos.

Y viajábamos todos á su costa y nos mantenían gratis sus amigos, y aún al final de la escursión recibía cada uno su *recuerdo*, como si no lo merecieran de sobras sus caritativos desvelos y cuidados.

Calig, Benicarló, Alcora, Artana, Castellón, Cinctorres, Villafranca y muchas otras poblaciones de la Diócesis no olvidarán facilmente nuestros

cantos y representaciones teatrales; pero mucho menos los que tuvimos la dicha de tomar parte activa, dirigidos por el incansable Mossen Sol. Los viajes se acortaban con sus conversaciones santas y se amenizaban con aquellas preguntas que solo pueden aprenderse de una madre: «¿Estás enfermo? ¡como tienes tan mal color! Estamos ya cerca. Ya diré que te dén caldo así que lleguemos...» «¿No tienes tú más zapatos que esos?... Recuérdamelo al llegar á...» «¿Y tú? hijo... qué cabello más... Mira, cuando en B... venga el barbero para mí, estarás también tú y...» Me haría inter-

CONVENTO DE SANTA CLARA

EN EL QUE FUÉ CONFESOR Y VICARIO MÁS DE 25 AÑOS

minable: lo repito y lo diré aún mil veces, que yo admiro más á Mossen Sol en todas estas *menudencias*, que en las mismas obras que le han conquistado justo renombre. Si la caridad es ingeniosa, nuestro inolvidable Padre debió tenerla muy encendida.

Juan B. Muñoz, Pbro.,

Párroco de Cherta.

EN SUS CARTAS

Conocí á D. Manuel por una carta suya; y el estilo, espejo del alma, me reveló á un sacerdote venerable, antes de que viera yo aquel rostro que al reflejar la paz de su corazón, la infundía siempre con respeto á su alrededor. Conservo todavía aquella carta que recibí hace quince años, como fuí conservando las que durante estos tres últimos lustros tuve el consuelo de recibir. La serie termina con la que recibí tres meses antes de su muerte que preveía ya. "Voy siguiendo regular, decía, pero con una enfermedad incurable sobre la cabeza: la de los años.„ ¡Cuántos guardarán como yo sus cartas! ¡Cuántos las habrán releído y aún regado con lágrimas sintiendo aquella mezcla de consuelo y de dolor que experimenta nuestro espíritu al sentirse unido con vínculos de amor con una alma santa, vínculos que la muerte no puede romper, que en la eterna comunión de los santos se perpetúan, pero que hallan obstáculos materiales de tiempo y espacio producidos por la muerte!

Tal vez fué el mayor apostolado de D. Manuel el de sus cartas. Sólo las escribía de un carácter completamente ascético y espiritual cuando circunstancias especiales lo requerían; y entonces se descubría la riquísima vida espiritual de su alma, su íntima unión con Dios, sus dones de consejo y discernimiento de espíritus. Mas ordinariamente sus cartas eran familiares y hasta joviales. Leedlas, sin embargo, y percibiréis siempre el suave olor de Cristo; siempre se os representará aquel plácido rostro que hacía la santidad amable é inspiraba doquier la virtud.

Adquirió D. Manuel un verdadero estilo epistolar propio, el cual no menos que el carácter de letra es distintivo de la genuinidad de sus cartas. Brilla en ellas el espíritu de mansedumbre de un San Francisco de Sales; hay algo que las asemeja á las de San Alfonso María de Ligorio; pero el conjunto de su estilo, sin dejar de ser muy propio y tener caractéres peculiares, por la santa libertad que respira y el festivo gracejo que le anima, más que á ningún otro, es parecido al estilo de Santa Teresa. En las cartas de D. Manuel, como en las de la Doctora de Avila, hallamos santas libertades y gracejos que solo una gran santidad permite. Tenemos á la vista cartas de D. Manuel dirigidas á distintas personas. En una de ellas leemos: «*¿Sabe V. lo qué he hecho? Pues pedir á Jesús que no le diera á V. salud... y no se escandalice V. por ello, pues ni ahora me arrepiento y aún lo hago. Ya lo vé V.*» Leyendo la serie de cartas de la cual ésta forma parte, se conocen los fines que con tan sorprendente petición se proponía D. Manuel, subordinados siempre á la voluntad y los designios del Altísimo.

D. Manuel ha escrito en su vida millares y millares de cartas.

Sentía necesidad de escribir, como el apostol de evangelizar. Dios le dotó de un gran corazòn capaz de amar mucho á muchos (sospechamos que son muchos los que creen que sentía por ellos predilección D. Manuel) y su misión era ir ganando corazones por el amor. Creemos que no habría sabido escribir una carta en estilo seco, oficial y burocrático. Su corazón se entreabría á las cuatro líneas. Con las muestras de confianza conquistaba la confianza ajena; con la manifestación de sus planes y de sus empresas impelía bien pronto á que se le manifestara uno á él por entero; con aquella soberana paz que redundaban sus cartas, escritas entre los vaivenes de muy continuados viajes, invitaba á acudir á él á todo espíritu necesitado de paz y de consuelo. Siempre sabía hallar motivo para escribir una carta, y siempre solía dejar algo por decir, lo cual hacía esperar y desear otra nueva.

La santidad de D. Manuel era la más opuesta á la del tipo ideal que del *sabio ó justo* tenían los antiguos estóicos. Estos querían á su sabio indiferente, insensible, apático, especie de estátua marmórea. D. Manuel nos presenta santificada la más exquisita sensibilidad de corazón; él es el hombre de los dolores y gozos, como insigne devoto de San José y propagador de sus glorias. "Pasado mañana, 19, dedicado á San José, dice en una de sus cartas, aplicaré la Misa por V., para que el santo le abra un poquito la puerta al gozo, no sin eslabonarlo con algún dolor, que ésta fué su cadena de dolores y gozos y ha de ser la de todo josefino." Reconocía que hay una indiferencia que puede ser base de mucha santidad; mas él, sin carecer de la indiferencia de virtud ó resignación, confesaba que no tenía temperamento indiferente. "Conozco, dice en una de sus cartas de dirección espiritual, su corazón dotado por gracia natural, y lo es en cierto sentido *(aunque yo no la deseo)*, de una indiferencia grande, exento de entusiasmos aun espirituales, propios de su edad, y que puede ser base de mucha santidad por otra parte." D. Manuel se interesaba por todo lo que á sus hijos y personas amadas afectaba. Sabía, como enseña el Apóstol, gozarse con los que gozan y llorar con los que lloran, así en los grandes como en los pequeños acontecimientos.

No se crea, sin embargo, que dejase de ser D. Manuel enérgico cuando era conveniente: "Así, obre V. con libertad completa, y, si conviene, con alguna energía, á pesar de los laudables deseos de su familia„, dice en una de sus cartas, tratando de un asunto espiritual. El, tan suave y tan sencillo, se conserva siempre en las alturas del criterio de perfección cristiana; nunca deja apoderarse de un sentimentalismo mundano. "A N..., escribe, la reñí porque se conoce que sintió muchísimo la muerte de M..., puesto que en mí, aparte del sentimiento de cariño, ví en ello una gracia especial de Jesús, estando como estaba en los fervores de su próxima consagración á Dios." Su suavidad no era enemiga, como tampoco lo era en el suavísimo San Francisco de Sales,

de la mortificación, ni puede serlo en nadie, ya que la verdadera suavidad solo se obtiene á costa de mucha mortificación. Muchas *cruces de Jesús*, deseaba á una persona en una de sus cartas; y de sí mismo, ya sexagenario, pero antes de contraer la enfermedad que le llevó al sepulcro, escribe: "Yo estoy bién; solo que el médico me hizo romper los ayunos esta semana, *cosa que no me había sucedido en ningún año*, y casi estoy resuelto á desobedecer, aunque esté dispensado por la edad.„

Entre todas las cartas de nuestro amadísimo D. Manuel, que tenemos á la vista, una hay dirigida á una alma en uno de esos momentos muy críticos en la vida espiritual, en la cual se manifiesta muy por entero el espíritu del insigne varón respondiendo como él solía á un desahogo completo y sin reservas. Toda ella respira santidad consumada y la mayor ciencia del espíritu. Su mirada, tan apacible como escudriñadora en la conversación, penetra en esta carta el alma toda del consultante. "Conozco su cabeza..... Conozco su corazón..... Conozco á mi parecer.....„ y sigue describiendo ó fotografiando el interior de un alma. Está fechada en la fiesta de Todos los Santos y á la fecha añade como en tantas y tantas de sus cartas un *post-scriptum*. El de la carta á que nos referimos dice así: "Fiesta de Todos los Santos—fecha y recuerdo de muchas gracias obtenidas en esta fiesta, excepto la principal, aunque por verdadera culpa mía de que sea yo santo. Pido, no obstante, y lo hago por egoismo, que Jesús le haga á V. un santo.„ De una manera muy semejante escribía á sus novicios el anciano San Alfonso María de Ligorio. No es de extrañar que sean tantos, centenares creemos, los que guardan con veneración las cartas del que en vida fué padre de tantos hijos y cuya paternidad se extenderá mucho mas allá de su existencia mortal.

Enrique Plá y Deniel, Pbro.,

Profesor del Seminario de Barcelona.

Secret de la seua força

Una sola vegada vaig parlar ab ell. Deu me va fer la gracia de tenirhi tot un matí de conversa y de passar junts en dolça refecció. No sé res de la seua vida ni gran cosa dels seus fets, si no es lo que 'n diu ara la veu pública; y tot lo que 'n sento, confirma la impresió, la sensació espiritual de llavors, que encara 'm perdura y que jo voldria saber dir.

Fou aquell matí una clariana de cel.

Sobtadament, tal com vénen moltes gracies que Deu nos envía, vaig

trovarme al seu devant. Sobtadament, dich, perque ni 'l conexía ni jo 'l sabía allí. Y, no obstant, me va semblar que de sempre l' havía conegut: l' esperit, que en lo mon a vegades no sab hon reposar, s' hi trova a pler en un ambent de sobrenatural; y, certament, era sobrenatural l' admósfera que 'ns voltava. Y aquesta admósfera de sobrenatural, éll la duya, la creava éll, exía de sos llabis, era obra de sa paraula metexa, que, avesada a viure en la diafanitat interior de son esperit, exía fluctuant, y un diria poruga d' haver de reposar una estona sobre la terra.

Parlárem de..... Ell escoltava y hi deya la seua, y de tant en tant sos ulls observadors, durant la conversa, s' alçaven un poch y 's clavaven fits com si confrontassen lo que 's deya ab un sistema de veritats més elevades que les que solen illuminar la nostra pobra rahó.

Les seues observacións y punts de vista propis prenien un ropatje d' afirmació serena, dretera, ferma per dins, mes, de per fora, vlincadiça, brisada, y d' una tal ondulant flecsibilitat en la forma, que vencía y subjugava nostre criteri. Sense nosaltres adonárnosen, s' establía entre éll y nosaltres una corrent, no precisament de xardorosa caritat, que fins en estimar a Deu devía esser suau, sino de simpatía que lligava lo dissociat y amorosía lo contrari.

Quan nos dexarem, ab un amich ab qui jo anava, varem dir igual: ¡Quina simpatía, quina blanor de caritat se sent conversant ab aquest sant varó!

Donchs be. Aquest pensam qu' era 'l secret de la seua eficacia. Tot home d' acció, de voluntat triomfadora, comprén qu' es mes fácil vlincarse ell que les coses que vol dirigir; cada cosa té la seua lley, y cada home la seua psicologia; y qui vol esser senyor, qui vol dominar los homens y les coses ha d' objectivar y apendre la lley singularíssima de cada home y de cada cosa. S' ha d' ajupir; s' ha de torcer, y aquest es lo secret y 'l valor constructiu de la humilitat. Perque no saben entendre les coses, per ço molts homens de génit, mes que de voluntat, molts esperits d' una activitat prodigiosa, fracassen y fallen com hómens constructors; y tota la llur activitat se torna corrossiva, perque en ares de llurs principis, y fins, si 's vol, en ares de la veritat, sacrifiquen y immolen, y per lo tant destruexen, les coses que voldrien salvar. Llavors se quexen de que no 's pot fer res y, com unich remey y adob dels mals que no han sabut guarir, apelen a altra força que no es la força de les idees ni de la voluntat, ni tan sols la força de la grácia. Lo conhort d' ells es lo fallo de la história que 'ls ha de dar la rahó. Ella dirá que s' alçá una veu austera que no fou escoltada; que, en mitg de una total prevaricació y de una general falla de carácters, s' axecá, clamant en lo desert, la veu de la veritat. Mes aquest consol es la seua condemnació, perque ¡ay d' aquells a qui ningú escolta! ¡ay dels qui, predicant la veritat, han hagut de renyir ab tots los qui havien de sentirla! Senyal que no l' han sabuda fer amable; senyal que estaven mancats d' eficacia pera ferla triomfar. No creyem en apóstols fracassats.

Mossen Sol, recxia en tot lo que 's proposava. Home de Deu, esperit constructor a qui les paraules se li tornaven fets a les mans, ungia avanç tot lo que tocava ab la seua caritat suau, cercant les juntures y 'l punt d' inserció pera filtrarshi y endurseho allí hon volia ell. No s' entretenía anyorant temps que ja foren y en los quals ja no podem ferhi res; y, encara que mirava l' demá, no s' acontentava de tenir rahó en l' avenir, sinó que estimava 'l present, y 'n volia l' amistat y la simpatía. No es que del present no 'n vegés los defectes; mes, com los d' una persona estimada, sabia dissimularlos y traurèn profit, convertintlos en motor d' energies. Los defectes de les coses eren cabalment lo ressort de la seua activitat y 'l generador potent, inagotable, de la seua simpatía.

No es que tot axó, no es que la estructura del seu carácter l' hajem apresa d' aquella estona de conversar junts, mes sí qu' hem de dir que ja llavors llucarem qualque cosa de la lley que regia aquell gran esperit. En cap incís de la conversa poguerem cullirli una sola punta d' ironia ni de acerbitat que tantes forces inutilisa y fa improductives. La ironia tot ho disol sinó 'l defecte que vol corretgir, lo qual se fa encara mes fort ab les runes de lo bo que fa caure.

Quan una idea 'l dominava, hi anava de dret o de tort; si calia, se tornava simplista, mes de la única manera que se 'n por esser, es a dir, ab l' enginy de la caritat que tot ho aprofita y de tot trau estella, perque ella es l' aglutinant que sab ajuntar y concordar totes les coses. Per ço ell, ni que fos dominat d' una idea, no era toçut perque orejava 'l seu criteri y 'l seu pensar escoltant lo parer dels altres que, fins llavors que no li mudava 'l seu, si mes no, l' amorosía, y axí la corrent de simpatía que exía d' ell, tornava a ell mes rica ab la simpatía dels altres. Aquella metexa santa dèria de resoldre y contestar per carta quan de paraula li consultaven qualque cosa, a mes d' altres rahons que tindria, nosaltres volem interpretarla com un filat sistemátich de conducció d' afectes y amistats.

Home de intensa vida espiritual tenía format d' una sola peça 'l seu carácter sense toçuderies de pseudo-místich, y aquest carácter sabé imprimirlo en totes les seues obres, sobretot en la que havía de dexar com fundació a la qual l' havia enviat la Providéncia, la dels Operaris pera les Vocacions eclesiástiques. Ell ha comunicat a sos fills la flexibilitat en la fermesa, l' amorositat en la justícia, la humilitat en la constáncia.

Veusaquí, un cayre del seu semblant espiritual. Axí son estats los hómens de Deu qui son vinguts al mon *a fer*. Y d' ells, son molts del quals lo dia de la mort es lo dia de llur natalici.

Frederich Clascar, Pbre.

II

FUNDADOR

Autógrafo del Emmo. Fr. J. C. Cardenal Vives.

Su retrato.—J. Solé, Canónigo.

¡Quién lo había de decir!—R. Valero, Párroco.

El ideal.—F. Ferreres, Canónigo.

La Obra de D. Manuel.—J. M. de Alós, Pbro.

Dos visitas á un Arbol misterioso.—J. M. Recoder, S. M.

Messis quidem multa...—J. M. Baranera, Pbro.

En busca de operarios (Poesía).—S. Tella.

Admirable desprendimiento.—J. M. Bover, S. J.

Mi Colegio.—A. García, Pbro.

Impresiones y recuerdos.—P. A. Hernández, presbítero.

Influencia social del Dr. Sol —J. Boada, Pbro.

Nuestro D. Manuel.—A. Sánchez, Presidente general de la A. N. E.

Santos anhelos.—J. Fernández, Pbro.

Divina atracción (Poesía). — Una hija de la C. de Santa Teresa.

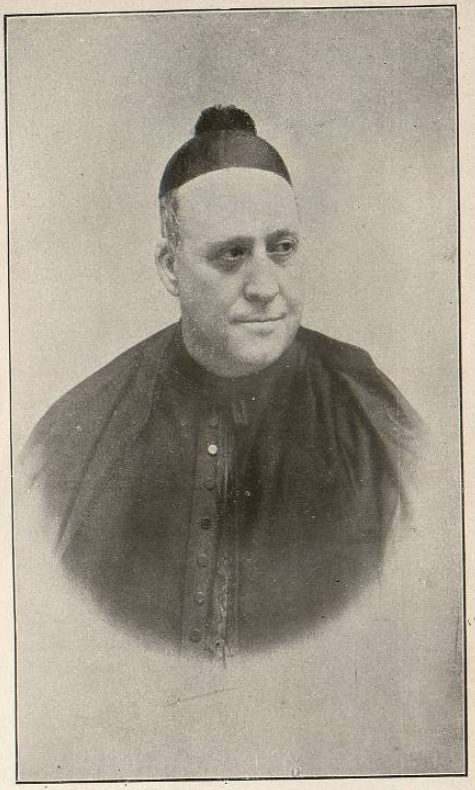
¡Cuánto bien nos hacían sus visitas!—P. Salcedo, Pbro.

GRABADOS

Retrato de D. Manuel, hecho en Roma en los primeros años de la fundación del Colegio Español.

Grupo de los primeros Superiores y alumnos del Colegio Español.

Vista panorámica de Tortosa.



Retrato de D. Manuel

hecho en Roma, en los primeros años de la fundación del Colegio Español

Glorioso Patriarca San José, modelo de sacerdotes y Maestro de los que quieren ser dignos ministros de vuestro amabilísimo Dios y Pregonero de las glorias y misericordias de vuestra Esposa Inmaculada, seais mil veces bendito y alabado por los grandes bienes que en favor del Clero habeis hecho, haceis y hareis por medio de vuestro devotísimo siervo D. Manuel Domingo y Sol, conservad y santificad más y más la mística viña de Oposición Diocesanos que en nombre de Dios por sus manos habeis plantado, especialmente en Roma y Portugal, y haced con vuestra poderosa intercesión que el espíritu del venerando Fundador, espíritu tan encarecido y tan sacerdotal permanezca siempre puro entre sus amados hijos presentes y futuros, y que todos sigamos el ejemplo de vuestro amantísimo Hijo.

Sr. Arzobispo de Valladolid

Fr. J. C. Lord. Vives, Pbro.

SU RETRATO

Los hombres que viven vida de Dios son admirables en todas sus obras, pues en todas ellas dejan impreso el sello de lo divino. Lo divino les rodea, les penetra, les vivifica; crea en torno suyo una aureola de santidad que engendra, en los que de cerca les tratan, una mezcla de simpatía, de admiración y de respeto que absorbe dulcemente el ánimo, como en presencia de lo sublime. Los que han tenido la dicha de tratar á D. Manuel habrán experimentado en presencia suya ese anonadamiento que siente el alma en presencia de una grandeza excelsa. Difícilmente se hallará un hombre más accesible, más amable, más llano, más sencillo, y, esto no obstante, ejercía en el ánimo tal influencia de respetabilidad y veneración, que era imposible sobreponerse á ella.

Su carácter era el carácter de esos grandes hombres que aparecen de tarde en tarde en el mundo, que llevan en su corazón, escrito por el dedo de Dios, un decreto que ejecutar, y poseen en grado eminente todas aquellas cualidades que su alta misión exige. Sensibilidad exquisita, firmeza de voluntad, completo imperio sobre sí mismo; hé aquí las grandes cualidades de que dotó Dios el alma de D. Manuel; dotes y cualidades que, avaloradas por la gracia, sobrenaturalizadas, elevadas á la esfera de lo divino, que era el medio ambiente en que su alma vivía, le llevaron triunfalmente á acometer empresas árduas y erizadas de peligros, con aquella abnegación y espíritu generoso del que siente en toda su amplitud la sublimidad del sacrificio hecho por la gloria de Dios.

Si se me pidiera el retrato psicológico de D. Manuel, rogaría á Balmes me prestara el que con maestría soberana trazó del inmortal Pío IX; no cabe, á mi entender, mayor semejanza entre dos caractéres, entre dos espíritus, entre dos almas nacidas ambas para realizar grandes cosas. Cuantas veces he leído las brillantes páginas en que el escritor vicense nos pinta, con pinceladas magistrales, la psicología del Pontífice de la Inmaculada, se ha ofrecido á mi mente el recuerdo de D. Manuel, como encarnación perfecta de aquellas bellas cualidades y relevantes prendas del inmortal Pontífice. Rostro majestuoso, mirada serena, plácida, afable, tranquila, capaz de apaciguar las tempestades del espíritu; corazón grande, sensible, generoso, ardiente, caldeado siempre por intensa llama de amor divino, y, en su afán de acrecentar la gloria de Dios, capaz de dictar planes que no puede realizar sino aquella fe viva y confianza ilimitada que cambia de lugar las montañas; un atractivo irresistible, una entereza é igualdad de ánimo superior á todas las vicisitudes de la vida; y para que el parecido fuera mayor, el cielo se complació en poner remate y corona á la semejanza: en sus relaciones con el cielo, Pío IX y D. Manuel se parecen como dos astros de una misma luz, como dos armonías de una misma gracia;

Pío IX forma las complacencias de la Inmaculada, el Fundador de los Colegios de Vocaciones forma las complacencias de San José.

D. Manuel amaba á San José con el afecto de un ángel y con la ternura de un niño; su corazón se derretía al hablar del Esposo de la Virgen: ¡qué cosas tan delicadas tiene dichas del Santo Patriarca! Practicaba todo el año la devoción de los Siete Domingos, devoción que no omitió jamás, aun estando enfermo, y que practicó la víspera misma de su muerte. Las Constituciones están basadas en el eficaz patrocinio del Santo Patriarca, y en ellas excita á los Operarios á que recurran al Santo, en todos los asuntos de alguna gravedad, con confianza ilimitada. Los Colegios de Vocaciones tienen todos por titular á San José; en todos ellos se celebra su fiesta con inusitada pompa. Cuando se escriba la vida de D. Manuel y la historia de su Obra, la protección visible y contínua de San José adornará todas sus páginas, será el lazo de unión, *lo maravilloso* que enlace bellamente los acontecimientos de un poema de hermosas realidades, ya que una y otra se desenvuelven siempre bajo la protección poderosa del Santo, y en ella tienen ambas su origen, su desarrollo y su corona.

Murió D. Manuel hablando de la canonización del Beato Gil de Federich; hablaba de la canonización de un santo cuando le sorprendió la muerte, la muerte que había de ser el principio de la suya.

José Solé,
Canónigo de Valencia.

¡QUIÉN LO HABÍA DE DECIR!

Estimulado por mi deber de gratitud á los innumerables favores y beneficios que he recibido del bondadoso y nunca bastantemente llorado Dr. D. Manuel Domingo y Sol, me propongo dar á conocer un hecho, que es, en mi concepto, la base de todas las alabanzas, bien merecidas, por cierto, que desde el día de su fallecimiento le viene tributando la prensa católica de España y de un modo especial la de Tortosa. Hecho íntimamente enlazado con la providencial fundación del primitivo Colegio de San José, de la que tengo el honor de haber sido la causa ocasional, por mi completa carencia de medios para seguir los estudios.

Para poder explicar con la debida claridad esta primera corazonada de Mossen Sol, han de permitirme los amables lectores del Correo una pequeña digresión, y no parar mientes en el atrevimiento que supone el hablar, siquiera sea por unos instantes, de mi humilde persona.

En el Seminario de Tortosa estudié como *sopero* el primer año de